

## RECUERDO PARA UN POETA:



# Ernesto Noboa Caamaño

*Renán Flores Jaramillo*

**E**stamos a sesenta años de la muerte de Ernesto Noboa Caamaño. Se fue de la vida en un momento particularmente triste de nuestra historia literaria. Hubo por esos años como un viento maléfico que azotaba a los espíritus más sensibles. Los poetas se desesperaban más de lo habitual y acababan por no poder soportar la desdicha. Fue una hora trágica. La melancolía que tan presente está en nuestra psicología nacional, en la idiosincrasia nuestra, se adueñó demasiado de las almas.

Ernesto Noboa Camaño, poeta de pies a cabeza, poeta con poca obra cuantitativa, pero de gran calidad, figuró entre los personeros mayores de esa melancolía. Unos versos suyos dicen: "Mi corazón es como un cementerio/que pueblan las cruces de lo que he perdido". Y esto, a una edad tan temprana, que se tiene la impresión de que se habla así por literatura, por contagio con otras soledades, pero no por experiencia acumulada. Los poetas, muchas veces, viven precozmente todo lo que al hombre que no tiene su

sensibilidad le exige años de sufrimientos y de lágrimas no literarias, sino reales.

Esa época en la que vive Noboa Caamaño (entre 1892 y 1928) no es ya propiamente la del Romanticismo, porque aun teniendo en cuenta lo que tardan en llegar a la América nuestra las modas y los modos literarios, ya estaban lejos los días de "María" y los días de "Atala". En literatura se estaba viviendo en otro mundo. El corazón se veía arrinconado o escondido como si se tuviese pena de tener corazón sensible y disgusto

por la confesión "a tumba abierta", negándose el poeta a ofrecer las entrañas desgarradas y palpitantes.

La melancolía de los jóvenes poetas ecuatorianos de esa hora no era en modo alguno una exudación literaria. Era en verdad un estado de alma, una visión muy enraizada o encarnizada de la vida como amargura, como desilusión, como desesperanza. Los sociólogos y los historiadores psicológicos de la literatura tienen muy bien analizados esos estados de ánimo, esas etapas de depresión y de desconsuelo por los que de tiempo en tiempo atraviesa la literatura de un país.

No me interesa ahora el análisis de unas emociones tan vívidamente descritas por los poetas del momento, los de la hora de Ernesto Noboa Caamaño. Lo que sí me lleva a recordarle en estos sesenta años de *su vida como muerto*, es, sin dar muchos rodeos ni justificaciones, un sentimiento de gratitud. Un hombre que ha expresado tan perfectamente lo que todos sentimos en la juventud, lo que pensamos y padecemos cuando jóvenes desorientados y abrumados por el sentimiento de la vida difícil que nos rodeaba, es un hombre que se ha ganado el derecho a que no lo

olvidemos nunca del todo. Muchos de nosotros veíamos descrita puntualmente la inquietud y la zozobra callada y sofrenada de la adolescencia y de la primera juventud, en versos como éstos: "Hay tardes en las que uno desearía/embarcarse y partir sin rumbo cierto/y silenciosamente, de algún puerto,/irse alejando mientras muere el día.../Emprender una larga travesía/y perderse después en un desierto/y misterioso mar, no descubierto/por ningún navegante todavía.

Esa sed, esa inquietud de partir sin saber hacia dónde, pero partir, es la esencia misma de la juventud. Y hacerlo, aun a sabiendas de que no hay escapatoria, como dice el poeta más adelante, "aunque uno sepa que hasta los remotos/confines de los piélagos ignotos/le seguirá el cortejo de sus penas". El hecho de que esa inquietud sea resuelta a veces, como fue el caso de algunos poetas nuestros, por el oscuro sendero del suicidio, no quita fuerza ni realismo a las sabias descripciones de sentimientos y paisajes que ellos hacían, y que en Ernesto Noboa Caamaño alcanzaban una sencillez sorprendente y certera como un dardo.

Quiero leer con quien

tenga esta página en sus manos, un poema de Noboa Caamaño que me acompañó mucho en los momentos difíciles, y de tiempo en tiempo me vuelve a la memoria. Es la descripción de *ella* en una tarde de sol, en una tarde serena y dorada:

*En el parque, extenuado  
bajo el sol que calcina,  
vas, lánguida y pausada,  
como convalesciente,  
y el abandono grácil de  
tu silueta fina  
pone una nota suave  
sobre la tarde ardiente.*

*Un ensueño romántico  
de amores se adivina  
que naufraga en tu clara  
pupila transparente  
cuando sobre las flores  
tu mirada declina  
como un ave que pliega  
las alas dulcemente.*

*Enferma de belleza, de  
ensueño y de elegancia,  
huellas la blanca arena  
con paso distraído,  
dejando una áurea estela  
de espiritual fragancia.*

*Y, en tanto que te alejas  
por el "parterre" florido,  
¡con avidez secreta te  
besan a distancia  
mis pobres ojos tristes  
de niño envejecido!*